



Francisco Granados
Maldonado

CANTO PRIMERO.



USA de libertad, tú que mil veces
Vigor has dado á mi sonora lira
Para cantar tus glorias inmortales:
Tú que ofreces tus dones á mi alma
Y la enalteces si cantarte anhela:
Ya que risueña tu beldad me mira,
Ya que en mí viertes tu sagrado fuego,
Dame tu inspiración para que cante
El valor de mi patria sin segundo,
Que irá pasando á la futura gente
En los recuerdos de tu gloria excelsa
Como inmortal modelo de heroísmo,
Digno modelo que aleccione al mundo.

Voy á cantar: mas no cual aura blanda
Que en el ramaje á las palomas mece,
Cuando pasan los céfiros fugaces
Los cristales rizando del remanso:
Ni cuando abren sus cálices las flores
Derramando suavísima ambrosía
Al despertar las aves á la aurora.
Voy á cantar con cántico robusto,
Más robusto que el eco del torrente:
Yo cantaré al fragor de la batalla

Que estremece en sus centros á la tierra,
 Mientras que el arma silba matadora:
 Yo cantaré cuando el clarín resuene
 Al desplegar sus nítidos colores
 De Iguala la magnífica bandera,
 Cuando á sus hijos á la lid convoque;
 Y será mi canción tan entusiasta
 Como en el triunfo el himno de victoria.
 Dáme tu inspiración, musa divina,
 Y mientras canto, la corona teje
 Con que mi frente ceñirá la gloria.

Llegó la noche límpida y serena,
 La luna melancólica subía
 Saliendo del Oriente majestosa
 En su carro de plata, circundado
 De nubes rociadores nacarinas,
 Tirado por alígeros corceles
 Que al hollar los espacios de la esfera
 Estrellas á millares salpicaban.
 El bello Orión guiaba su camino,
 Mientras en corte espléndida seguían
 El relumbrante Arturo, Cinosura,
 El Centauro de brillo fulguroso,
 Tauro esplendente, Venus apacible,
 Sirio vertiendo nítidas centellas,
 Canopo con sus luces purpurinas,
 Antares derramando luz zafírea,
 Y de esmeralda y nácar sus reflejos
 El magnífico Jupiter: en tanto,
 Como regio estandarte, dilataban
 Sus tibios y dudosos resplandores
 Las titilantes Pleyades esquivas.

Lentas las horas la veloz carrera
 Del tiempo en su transcurso detenían;
 Iban tendiendo encajes azulinos
 Recamados de estrellas, que llenaban
 La cóncava extensión del hemisferio.

Trescientas veces y sesenta, el curso
 Del tiempo en su reloj las horas lentas
 Al recorrer marcaban en su círculo,
 Con dorado compás, pausadamente.
 Entretanto al zenit iba llegando
 El alígero carro de la luna
 Al ir atravesando la Vía Lactea
 Que apenas se divisa, derramando
 Como polvo millares de luceros
 Que perdiéndose van en el espacio,
 Apenas á la vista perceptibles.

Súbito los extensos horizontes
 De Puebla, brillan con la roja lumbre
 Que en la región del Norte se dilata,
 Y en ráfagas se eleva hasta la altura,
 Tendiéndose cual nácares encajes
 Por la inmensa extensión del firmamento,
 Que en bóveda de fuego convertido,
 Mil centellas de púrpura brillante
 Refleja en su extensión iluminada.

El profundo hemisferio se asemeja
 A un sol cóncavo inmenso en que se encuentren
 Las tierras, y los montes y los mares,
 Mientras se pierde en su fulgor rosado
 El azul transparente de los cielos,
 Y sus planetas y sus astros todos.

En tanto blancas nubes, como el ampo
De la nieve volcánica, se elevan
De las cumbres altísimas, gigantes,
Del Popocatepetl y el Ixtaccihuatl,
Formando un trono de esplendentes telas
Que imitan la blancura del armiño.
Ni una hoja se mueve en los ramajes
De los tristes saúces de los ríos
Que cruzan á los pies de los volcanes
Besando, al murmurar en su corriente,
Las rocas calcinadas y la lava
Que de otro tiempo las ciudades cubren,
Y que humedece la dorada arena
Que hollaron las beldades que otros días
A los reyes de Anáhuac se ofrecieron
Cual tributo de amor en sacrificio.

El viento no susurra, ni la brisa
Mueve la altiva copa de los cedros,
Ni los cipreses que en la falda duermen
De esas montañas que nacer miraron
Y florecer y destruirse un día
Los brillantes imperios de la América.

Duermen las aves tímidas, las flores
Guardan su aroma embalsamado, mientras
Viene la rubia aurora despertando
Al sol esplendoroso, cuya frente
Con su nítida luz baña los orbes.

Callan las selvas, callan las florestas
Do se arrullan los céfiros dormidos,
Y los verdes cipreses de los lagos
No mueven ni una hoja en su follaje;

Sobre la blanca nieve de la cumbre
De los altos volcanes, una sombra
Se dibuja en el fondo de los cielos,
Al colocarse bajo el bello solio
Que han formado las nubes transparentes.
Semeja de un anciano la figura
De altiva frente y venerable rostro;
Y en una de las rocas calcinadas
Toma asiento y adquiere vida y formas.
Y mudo y silencioso permanece
En actitud modesta, al cielo alzando
Llenos de llanto sus dolientes ojos,
Como el que implora auxilio á las alturas
A Dios pidiendo alivio en sus dolores;
Mientras de la Malintzi en la alta cima
Brotan de luz mil nítidas antorchas
Que en vapores brillantes convertidas,
Forman un pabellón que cubre un solio
Que figuran las peñas de ese monte:
De ese mismo vapor brillante y vago
Se desprenden dos ráfagas brillantes
Que en espirales suben y se extienden,
Y parece que llegan al vacío:
Luego se unen al formar un arco
Que, hermoso como el iris de los cielos,
Los tres colores del pendón de Iguala
Refleja iluminando las montañas.

De pronto otra figura encantadora
De ese trono en el centro se presenta:
Cubre su cuerpo candorosa veste
Que brilla cual la espuma de los mares;
Ciñe leve su mórbida cintura
Una faja violada y azulina

Recamada de hermosa pedrería
 Y de oro, que nítida refleja
 La clara luz que alumbró el horizonte;
 Sandalias de oro y perlas y esmeraldas
 Cubren los pies de la morena virgen,
 Cuya mano recoge pudorosa
 El regio manto de escarlata y oro,
 Que de sus hombros lánguidos descende
 Hasta tocar la tierra con sus orlas:
 De plumas de magníficos colores
 Y de rica y vistosa pedrería
 Un penacho sostiene en su cabeza,
 De que baja su undívago cabello
 Jugueteadando en rizos por su espalda:
 Un cetro empuña con la diestra mano,
 Y aunque ostenta en su rostro la belleza,
 Tristes están y lánguidos sus ojos.

Ve con tristeza y con dolor, ajado
 El nopal esplendente en que otro día
 El águila de Anáhuac orgullosa
 Ostentaba triunfal entre sus garras
 De la envidia la víbora abatida:
 Mira de Guautimoc y Xicotencatl:
 Las aceradas flechas olvidadas,
 Los arcos destemplados, roto el goldre,
 Sin pedernal, sin plumas, por el suelo;
 Y muda y silenciosa meditando
 Queda también, sentada, entristecida.
 A la vez, de la cima gigantesca
 Del nebuloso, altivo Citlaltepétl
 Se derrama un fulgor de luz de oro;
 Y entre cándidos velos transparentes
 La figura del gran Netzahualcoyotl

Se destaca imponente: lo acompañan
 El grande Moctezuma y el profeta
 Huéman, el gran pontífice supremo,
 El Moisés de las tribus numerosas
 Del Imperio que fué de los aztecas.
 La roja luz que baña el hemisferio
 Se va apagando poco á poco, en tanto,
 Esa aurora boreal desaparece,
 Quedando sólo la argentada luna
 Con blancas nubes en zenit velada.
 Lentamente la virgen silenciosa
 Que en la Malintzi yace meditando,
 Adquiere proporciones verdaderas,
 Fuego y animación en sus miradas,
 Morbidez en sus formas, movimiento,
 Y así prorrumpen en doloridas quejas:
 "¡Oh, quién me diera, como en otros días
 Aquellas horas por mi mal perdidas!
 ¿Qué se ha hecho mi pueblo belicoso?
 ¿Dó está Netzahualcoyotl, cuya ciencia
 Anunciaba en sus cánticos sublimes
 Las glorias de mi Imperio, y mi grandeza?
 ¡No existe Moctezuma, á cuyas plantas
 Se postraban mil pueblos tributarios!
 Cuando á su voz, de la una á la otra zona
 Se rendían los reyes belicosos.
 ¡No existe Xicotencatl, entusiasta;
 Yace en la tumba el ínclito guerrero,
 De Teotilac el mártir indomable!
 De Otumba el héroe Zihuatcatzin duerme
 En el silencio funeral hundido.

¿Dó está aquella nobleza esplendorosa
 De Obteacan brillante y opulenta?

¡ Oyoyótzin dó está, dó los valientes
 De la gran Colhuacán y de Acatlapam !
 Y Acamapitzin dónde, el gran político,
 Aquel dominador de Atzcapotzalco?
 Huitzilihuitl ¿ dó está? Chimalpopoca,
 Ixcoatl, y Moctezuma, aquel guerrero,
El flechador celeste, y aquel héroe
 Axayacatl glorioso, noble y sabio,
 Inclito fundador de Tlaltelolco,
 Y Tizoc, y Ahuitzotl, y tántos, tántos
 Que me dieron gloriosa nombradía?.....
 Desparecieron: mas aquellos lagos
 Que duermen arrullados por la brisa,
 Que al despertar la aurora los alciones
 Saludan al bañarse en sus cristales,
 Testigos fueron de su arrojó un tiempo;
 Pero todo pasó; trescientos años
 He arrastrado la bárbara cadena
 Del cruel conquistador: sesenta lustros
 Lloré de esclavitud el llanto amargo;
 Tres centurias sufrí la horrible infamia
 De entregar de rodillas á mi dueño
 Mis riquezas, mi oro, y el tributo
 De mi ciega obediencia, recibiendo
 En recompensa á tanto beneficio,
 El desprecio, el baldón ! ; Qué más, Dios mío !
 Cuando el látigo vil de mis señores
 La frente hería de mis libres hijos,
 Me obligaban los fieros vencedores
 A levantar mis cánticos al cielo
 Como prueba de amor ! Con voz tronante
 Me enseñaba una cruz y me decía
 Aquel conquistador orgullecido:

“ Por este don divino que te traje
 “ Y en recompensa de este beneficio,
 “ Honor divino tributarme debes;
 “ Porque yo soy de Dios el fiel intérprete,
 “ El medianero santo, que el mandato
 “ Cumplo en la tierra del Señor del cielo:
 “ De Dios entre la imagen y el humano
 “ Mortal, distancia inmensa nos separa:
 “ Debes vivir esclavo; yo merezco
 “ Que tus hijos perezcan si es posible,
 “ Que agoten sus tesoros y su sangre:
 “ De esa cruz que yo traje de otro mundo
 “ Es infinito el precio, y todo es poco
 “ Comparado á ese bien inestimado;
 “ Por ella eres feliz.”—Y en mis dolores
 Y en medio de mi angustia, yo corría
 A postrarme á las gradas del santuario,
 Y allí invocaba un Dios!..... Y sus ministros,
 Entre sedas, y oro, y pedrería,
 Y llenos del orgullo y la soberbia,
 También miraban con desdén mi llanto,
 Porque en medio á su fausto poderoso
 Y en su grandiosa pompa, me decían
 Que así pagar debiera los delitos
 De mis hijos que bárbaros amaban
 A dioses sanguinarios é impotentes.

; Cómo, Señor, tu amor y tu dulzura
 Se ha de vengar de mi inocencia, sólo
 Porque mis hijos sin saber tu nombre
 Adoraban á dioses mentirosos
 Y holocaustos sangrientos ofrecían
 A esas deidades falsas y nefandas?

Así y en otras quejas prorrumpía
 La América inocente, derramando
 Su llanto sobre el césped y las flores
 Que esmaltan de la cima el pavimento.
 Entretanto, la cumbre levantada
 Del Popocatepetl y el Ixtaccihuatl
 En que descansa el apacible anciano
 Resplandece, y las nubes que sostienen
 El magnífico trono en que se mira
 Esa figura de mirada tierna,
 De frente candorosa y sin mancilla
 Y que muestra en las rugas de su frente
 El asiento inmortal de la prudencia,
 Se transforman en carro que conduce
 A Hidalgo que ha salido de la tumba,
 Permitiéndolo Dios, al oír el llanto
 De la doliente México, que busca
 El antiguo valor de sus guerreros
 En defensa de su honra y su decoro.

Tirado por cien águilas gigantes
 Viene ese carro vaporoso y aéreo,
 Y conducido como en regio triunfo
 Por cien genios aligeros, tan bellos
 Como la fe nos pinta á los arcángeles.

Acompañan al héroe de Dolores
 La verídica Historia, que sostiene
 En una mano los gloriosos libros
 En que ha grabado con buril eterno
 Del universo las brillantes glorias,
 Y en la otra el estilo con que escribe
 Siempre ante el triunfo la verdad augusta.
 Un genio trae la refulgente antorcha:

La Fama y la Victoria coronando
 Vienen al héroe, cuya alliva frente
 Al brillo resplandece de la gloria;
 El Tiempo, silencioso, precediendo
 Viene esa cohorte en alas de los siglos,
 Que parece detienen su carrera
 Para mirar los hechos portentosos
 Que va en sus libros á esculpir la Historia:
 Del Atoyac, en tanto, en las riberas,
 Grupos de ninfas encantadas salen,
 Que derramando flores y coronas
 Veloces cercan el brillante carro,
 Al descender de la tendida cima
 De la gigante colosal Malintzi:
 En actitud severa y taciturna
 Quedan la Fama, el Tiempo y la Victoria,
 Mientras escribe la veraz Historia.

México, en tanto, triste y sorprendida,
 Alza la vista que inclinaba al suelo,
 Y extática mirando á aquel anciano,
 Como reconociéndole, se postra,
 En su brillante solio, y con ternura,
 Así con eco conmovido dijo:

“ No en vano mis dolientes, tristes ojos
 “ He levantado en medio de mi llanto
 “ Pidiéndole al autor de la natura
 “ Que consuelo enviara á mis dolores.....!
 “ He invocado á los manes de mis hijos,
 “ Guautimoc, Xicotencatl y de todos
 “ Aquellos, que otra vez cuando lloraba,
 “ Me vieron arrastrando la cadena
 “ Con que la heroica España sujetara

"De Anáhuac á las águilas triunfales;
 "Acudieron al eco de mi llanto,
 "Y al clamar ¡ libertad é Independencia,
 "Rompiéron para siempre la cadena
 "Con que dos mundos enlazados fueron:
 "Pero era inútil mi gemido, en vano
 "Yo recordaba mis pasadas glorias,
 "Sólo el eco doliente á mi venía
 "Que el gemido del alma repetía!
 "Hoy otra vez los hijos de la Europa
 "A mis mares acercan sus bajeles,
 "Y ya el valiente galo hollando se halla
 "La tierra del heroico Moctezuma;
 "Y el intrépido ibero, y el britano
 "Avanzan, se preparan y amenazan
 "Arrojar á las águilas aztecas
 "Y asentar el pendón de sus victorias
 "En medio de los lagos cristalinos,
 "Que los palacios del Anáhuac velan
 "Con sus brumas blanquísima y leves;
 "Y allá en Tenoxtitlán, dictando leyes,
 "Romper quieren, innobles, los blazones
 "Que patria, y gloria, y libertad nos dieron."

Al oír estas voces, un esfuerzo
 Hizo el anciano venerable, y dando
 Tregua al silencio, descendió del solio
 Y prorrumpió en acento conmovido:
 ¿Qué pronuncias, mujer? ¡ Detén la lengua!
 ¡ Cómo te abates cuando de ira llena
 Debieras convocar á la pelea!
 ¿Cómo yaces tan triste y solitaria,
 Tú, la reina magnífica que un día
 De Norte á Sur mandabas tus legiones

Que el extranjero con respeto vía?
 ¿Cómo se halla abatida y desolada
 La señora de pueblos y de reyes,
 Que de Oriente á Occidente dominaba,
 Y cuya voz vibraba entre las olas
 Que las arenas del Atlante estrellan
 Del turbulento mar entre las rocas,
 En tanto que potente resonaba
 Del pacífico mar en los cristales?
 ¿Por qué pierdes la fe? ¿No ves que brillan
 En ese iris los nítidos colores
 Que forman el blasón de nuestras glorias,
 La fe de nuestras creencias inmortales,
 Y la enseña triunfante y poderosa
 De nuestra libertad é Independencia?
 ¿Qué no recuerdas que en hermoso día,
 Esa España gloriosa, enaltecida
 Por nuestro oro, tan heroica un tiempo,
 Tan llena de recuerdos, portentosa,
 Que potente clamaba por doquiera
 "Que el sol nunca en su imperio se ponía,"
 Y que doquier que el vencedor del moro.
 Su purpúreo pendón ondear hacía,
 Los pueblos inclinaban su bandera,
 Al eco de mi voz cedió, y mi patria
 Se hizo libre y señora independiente?
 Yo al sepulcro bajé, mas ¿no recuerdas
 Que en dos lustros de heroicos sacrificios,
 Al cabo de una década en que el mundo
 Ve asombrado á mil mártires al golpe
 Del verdugo caer, y entre las llamas
 De santa Inquisición sacrificarse;
 Pudiste soberana alzar la frente,
 Y al tremolar de Iguala la bandera